



Novela corta

---

# La ventana

UNA HISTORIA DE AMOR

# de mi

EN TIEMPOS DE CUARENTENA

# vecino

DE

*Carol M*

La ventana de mi vecino

La ventana de mi vecino

Carol M

© Carol M, [2021]

[www.notascmujer.com](http://www.notascmujer.com)

Todos los derechos reservados.



*Dedicatoria:*  
*A mis padres: Eloina y Jesús.*



## *Índice*

Capítulo 1.....	11
Capítulo 2.....	13
Capítulo 3.....	16
Capítulo 4.....	19
Capítulo 5.....	23
Capítulo 6.....	25
Capítulo 7.....	29
Capítulo 8.....	31
Capítulo 9.....	35
Capítulo 10 .....	40
Capítulo 11 .....	43
Capítulo 12 .....	47
Acerca de la autora.....	50



# Capítulo 1

## Mi vecino, el extraño

Necesito escribir lo que vi ese día. Todavía lo recuerdo como si fuera ayer. Llevaba una gorra roja, una camisa blanca y un teléfono entre sus manos. La gorra no me dejaba distinguir su rostro, iluminado por los rayos del sol a media mañana, pero su figura me atraía. Era un cuerpo sin sonrisa que esperaba ser encontrado por mis pupilas en pleno verano.

Apenas era la primera semana encerrada en casa por culpa de la pandemia, por lo que la ventana de la sala se convirtió en mi diversión favorita. En ese instante, descubrí que su apartamento estaba muy cerca del mío. Me acerqué a la ventana robusta que da hacia el balcón de vidrio con cierto temor de tropezar y sentir el peligro de vivir en las alturas de un piso dieciséis. Mis manos se sostuvieron del vidrio como señal de protección de un ventanal que siempre estaba cerrado, hasta aquel día que aprecí su figura que se movía de un lado a otro. Me oculté entre las cortinas traslúcidas de color perla, para que no descubrieran que espiaba a mi vecino de al frente. Era una niña otra vez, que se escondía luego de una travesura. Intenté cubrir mi cuerpo lo más que pude, dejando a relucir la punta de mi cabeza que sobresalía del amplio vidrio. Me sentí invisible, oculta detrás de la cortina, con el propósito de adivinar su rostro que se convirtió en el acertijo de aquella mañana. — «¿Lo conozco? Probablemente lo vi pasar y no me di cuenta».

Seis meses de confinamiento fueron fáciles a su lado. A pesar de la distancia que nos separaba de un edificio a otro, sentí que me acompañaba en este apartamento que se convirtió en un espacio ideal para esconder mis miedos de vivir sola en plena pandemia.

El segundo día, después de descubrir a mi vecino, me arriesgué un poco más para conocer su rostro. Así que dejé a un lado mi temor a las alturas y abrí las cortinas de un lado a otro, hasta desnudar lo angosto del balcón. No entendía lo que hacía, pero quería ir más allá de mis temores y abrí completamente la ventana, dejando al descubierto un amplio espacio que me hizo sentir la brisa fresca que acarició todo mi cuerpo. Sensación que por años no vivía. ¿Cómo olvidé lo que es sentir la brisa fresca por las mañanas?, me pregunté anonadada. Por unos segundos, me distraje por las maravillas de la naturaleza que fui olvidando con los años y reemplazando por el placer de gastar dinero en objetos que me regalan felicidad comprada. Volteé mi cuerpo y quedé a espaldas de aquel balcón por el que ya no sentía miedo. Observé cada pieza decorativa que tenía en mi apartamento. Desde los muebles de tela fina, hasta el objeto más pequeño del espacio, fueron un gasto excesivo por tener un apartamento elegante copiado de una foto de *Pinterest*. Era dueña de un espacio lujoso que no me transmitía la felicidad que tenía al sentir la brisa fresca, tocando mi piel recién bañada. Volví a voltear mi cuerpo, para seguir disfrutando de la compañía de la brisa, y vislumbrar el apartamento de aquel extraño. Pero mis ojos se sintieron defraudados al mirar a mi vecino que besaba a una extraña.

## Capítulo 2

### La noticia inesperada

Conocí la noticia del primer paciente con covid-19 en el país, mientras bebía una taza de café en la oficina. En ese instante, pensé que tal situación sería momentánea, hasta que escuché decir a uno de los empleados, que se esperaba un posible confinamiento muy parecido al que se vivía en gran parte de Europa. Intrigada por la situación, llamé a mi jefe para reunirnos a la hora del almuerzo y conocer lo que sucedería con la empresa.

Nos reunimos en el mismo restaurante de siempre. Recuerdo que al llegar al local, las personas se veían con extrañeza por temor al contagio del virus. Caminé junto a mi jefe en dirección a su mesa favorita que queda al final del lugar. Él tiene gustos excéntricos y escogía las mismas cosas: el mismo restaurante, la misma mesa y el mismo plato de pasta acompañado de una coca cola. Para el Sr. Gustavo, lo diferente le parecía extraño y se alteraba cuando su rutina sufría cambios. Su actitud era extraña, pero ahora que lo pienso, siento que somos muy parecidos.

Seguimos los pasos del mesero. En eso, se detuvo enfrente de nosotros para decir que la mesa estaba sucia por los clientes anteriores. Luego, sucedió algo impensado, mi jefe, con voz ronca, gritó: – No quiero esa mesa. Quiero una mesa que no haya sido usada.

Mi rostro desconcertado fue el motivo para que el Sr. Gustavo me diera una explicación. – Yo también me siento extraño Sofía, pero lo que viene para este año, nos cambiará la rutina.

Llegamos a la mesa y el mesero sugirió la especialidad del día. Terminado su introducción, él pidió lo indicado por el mesero y me invitó una copa de vino blanco. Nuevamente, la extrañeza del momento la expresé en mi rostro porque, en reuniones de negocios, no ingerimos alcohol.

– Llegó el día de tomarme una copa de vino contigo. Luego de tantos años trabajando juntos, es momento de disfrutar la vida, ¿No crees? –una pregunta que él mismo respondió– ¡Por supuesto que es el momento! ¿Cuándo vamos a esperar? Este año lo que nos espera es un encierro obligatorio y no sabemos cuándo acabará ¿Supongo que ya leíste las noticias? Europa ya está completamente cerrada y ahora le toca América Latina. –hizo una pausa para acomodarse en la silla–. El virus se propagó tan rápido que no dio tiempo de digerir la noticia. Ahora, estamos los dos sentados en el mismo restaurante de siempre, tratando de iniciar una conversación de trabajo que no va a suceder, porque hoy quiero disfrutar este almuerzo ¡Quién sabe cuándo nos volveremos a ver!, exaltó.

Bebió unos cuantos sorbos de vino y siguió su discurso:

– Confieso que tengo miedo a la soledad. No estoy preparado para lo que viene, tengo setenta y cinco años. Me divorcié dos veces y tengo cuatro hijos lejos de casa. Dedicué toda mi vida a viajar por todas partes del mundo y olvidé lo importante que es la compañía de la familia. Esta mañana cuando escuché la noticia de la pandemia, me dejé caer en la cama y vi el cuarto vacío. Sin nadie quien me acompañe, durante este encierro que vendrá pronto. Luego, pensé en mis relaciones anteriores, y entendí que terminaron porque así lo decidí. Sentía que no tenía tiempo para construir una familia, mientras viajaba por trabajo. Ahora, tengo una de las mejores empresas en diseño arquitectónico. Hemos creado grandes proyectos comerciales que ayudaron a crecer la empresa, dejando una riqueza sin tener con quien disfrutarla. Por eso acepté tu invitación para tener la compañía de alguien, antes de vivir un largo periodo de confinamiento.”

Veinte minutos después, regresó el mesonero con ambos platos. No tenía apetito, luego de la plática con mi jefe. Sentí que cada palabra fue el detonante de un vacío en el estómago que causaron unas náuseas terribles. No obstante, probé el primer bocado para no ser descortés en la mesa.

Dejé parte de la comida en el plato y no pude terminar la única copa de vino que me acompañó durante el almuerzo. En cambio, el Sr. Gustavo saboreó cada bocado que llevó a su boca, dejando el plato completamente vacío. Finalizado el almuerzo, el mesonero se acercó para traer la cuenta, mientras mi jefe preguntaba: – Sofía tú eres una muchacha joven, ¿Qué edad tienes, como unos treinta y cinco? – Veintinueve– respondí un tanto incómoda. –Acomodó su cuerpo como expresión de incomodidad por el momento.– ¡Caramba eres bastante joven! Estás en la mejor edad, porque tienes un buen empleo como arquitecta en una de las empresas más prestigiosas del país, y una relación estable con tu novio ¡Excelente muchacho! ¿Cómo se llama? –Pronuncié el nombre de Carlos y moví la cabeza, afirmando su respuesta para desechar la absurda idea de confesar que mi relación se terminó hace semanas atrás.

Culminado el almuerzo, nos despedimos con un apretón de manos y antes de subirse a su auto, concluyó: – Cuídate de esta pandemia y aprovecha el tiempo de la cuarentena. A todos nos servirá para cambiar en algo.

Llegué a la oficina y era un completo caos. La gente recogía sus cosas del escritorio y apenas eran las dos de la tarde. Me acerqué al puesto de mi asistente para preguntar qué sucedía y se sorprendió cuando me acerqué a ella, por lo que dio unos cuantos pasos atrás y me comentó que el presidente de la República decretó cuarentena total a partir de mañana. Sus palabras se escuchaban cada vez más bajas por el ruido de la oficina y mi mente resonó que no estaba preparada para vivir sola en casa.

## Capítulo 3

### El inicio de las náuseas

Llegué a la casa, luego de recoger mis cosas de la oficina. Otra vez me encuentro con la casa vacía. Me senté en mi sofá de tres puesto que, en ocasiones, lo usaba de cama. Mis tacones me incomodaban, así que me los quité para poner mis pies encima de la mesa. Dejé caer mi espalda como un saco de papas. Me sentía tensa y algo disgustada porque no tuve la oportunidad de digerir la noticia de la cuarentena total. Mis pensamientos repetían una y otra vez: «¿Qué haré encerrada en estas cuatro paredes?» En seguida, sentí las náuseas, nuevamente, como reacción de repudio a tanto caos sin ser yo la responsable.

Mis pensamientos reprochaban la situación al preguntarme: ¿En qué momento pasó todo esto? Cuestioné mi realidad como si tuviera la culpa de mi desdicha. Hace días atrás, tenía una vida perfecta: viajes de negocios, cenas en los mejores restaurantes de la ciudad y una vida de lujos que merecía como ganancia de tanto esfuerzo por mi trabajo. Ahora, me encontraba sentada en el sofá de tres puestos, sin saber lo que haría durante las próximas semanas.

Me levanté acelerada con la necesidad de expulsar un veneno que hacía un mal a mi cuerpo. Sentí que mi barriga se hinchaba como si hubiese tomado una sustancia dañina, entonces corrí al baño en busca del inodoro. Me senté de rodillas con la posición adecuada, para expulsar la comida de aquel almuerzo. Pero no pasó nada. No podía

expulsar nada. Sentí asco de vomitar, por lo que cerré los ojos para que la situación no fuera tan tensa para mi ojos. Pero el momento se complicó cuando dibujé en mi mente la imagen de mi jefe en aquel restaurante. Deduje que fue allí donde comenzaron las náuseas. Sus palabras fueron la creación de un veneno que se acumuló en mi comida y poco a poco lo fui digiriendo, hasta dejar un sabor amargo en mi boca. Su testimonio fue un discurso personal cargado de temores y ansiedades que se resguardaron en mi estómago. Por lo tanto, deduje que tenía que vomitar lo que sentía, pero, por más ganas que quería expulsarlo, mi cuerpo no reaccionaba a mis impulsos. Pensé que necesitaba ayuda, así que corrí hasta la cocina para buscar un vaso de agua. Bebí el líquido completo, hasta sentir un ligero dolor de estómago que se fue complicando con las ganas de querer desahogar mi cuerpo por la parte trasera. Me dirigí otra vez al baño, pero con menos prisa que antes, y me senté en el inodoro para que mi cuerpo hiciera su trabajo.

Luego de culminar el proceso, las náuseas desaparecieron. Lo que dejó a mi cuerpo en un estado de alivio. Regresé a mi sofá para acostarme un rato «¡Qué día tan extraño!» Regresó, nuevamente, la duda a mi cabeza. Duda que me recordó, otra vez, la conversación que mantuve con mi jefe y su despedida funesta «¿Qué quiso decir con el discurso del mediodía? ¿Pensaría que era una mala persona y era el momento de cambiar mi vida?» Tal situación fue propicia para recordar lo miserable que fui cuando traicioné a mi mejor amiga.

Laura la conocí durante el primer año de la universidad. Compartimos el mismo apartamento, las mismas fiestas y hasta los mismos sueños de convertirnos en una de las arquitectas más prestigiosas del país. Luego de graduarnos, establecimos una pequeña empresa dedicada a las remodelaciones de interiores. Recuerdo que fue un año complicado porque éramos muy jóvenes y no conocíamos a nadie, así que trabajamos muy duro para conseguir el primer cliente: el Sr. Gustavo. La primera reunión fue en el edificio que hoy en día se encuentra mi oficina. Era la primera vez que visitábamos una de las

empresas más importantes de la ciudad. Desde el primer momento que vi las instalaciones, sentí que era la compañía perfecta donde quería desarrollar mi carrera como arquitecta. Lo que puso en duda mi futuro junto al pequeño emprendimiento con mi amiga. Mi avaricia se instaló en mis pensamientos para crear el plan perfecto de presentar una propuesta laboral sin Laura. El día de la reunión llegué sola, llevándome todos los créditos de un trabajo grupal. Lo peor del momento fue que, al finalizar la tarde, salí de aquel edificio en compañía de mi jefe y sus socios para celebrar mi nuevo empleo. Mientras, Laura me veía a lo lejos decepcionada por mis acciones. La observé y seguí adelante como si no la conociera. Quería disfrutar de mi triunfo robado. Esa fue la última vez que la vi.

Un rostro desilusionado te hace sentir culpable por algunos segundos, hasta que te das cuenta que no eres el único sujeto que hace mal en esta vida. A diario, hay tanta maldad en el humano que sin darte cuenta, tu vida absorbe un poco de esa malicia y sientes que encajas en este mundo donde abunda la avaricia y las ganas de dañar lo bueno de esta vida.

No soy una persona sentimental, pero al recordar lo sucedido, me di cuenta que el sentir tanta avaricia te lleva a cometer los peores errores de tu vida y convertirte en un ser miserable, tratando de ganar la popularidad con una vida llena de mentiras. Tal situación, me hizo perder el interés por tener nuevos amigos. Así que no tuve otra amistad tan bonita como la de Laura.

Levanté mi cuerpo de aquel sofá que se convirtió, por unos segundos, en el consultorio de mi psicólogo y caminé hacia la ventana del balcón para ver a mi vecino que, sin conocerlo, quería estar junto a él.

## Capítulo 4

### La pelea

Llevo días sin dormir. El insomnio se apoderó de mi paciencia para jugar conmigo cada noche de este encierro. Me tomé mis pastillas para ver si recuerdo lo que es dormir, pero nada sucede. Creo que es el momento de llamar a mi doctor para ver cómo lo resuelve.

Colgué la llamada luego de una larga charla. Sentí calma cuando me dijo que mi estado emocional era normal, debido al encierro y confesó que desde el inicio de la cuarentena ha recibido llamadas de sus pacientes, quienes sienten la misma ansiedad que yo. Así que me sentí en calma al pensar que no soy la única extraña en este planeta. – "No dejes de llamarme, si te sientes sola". Fue la última recomendación de mi doctor que, por cierto, se llama Claudio de la Fuentes.

Terminada la llamada, comencé a dar vueltas en mi apartamento como de costumbre. Unas veinte vueltas para ser exacta, que se convirtieron en un hábito de ejercicios en tiempos de cuarentena. Culminado el proceso, hice mis compras online, al mismo tiempo que veía la ventana de mi vecino, para saber si asomaba su rostro palidecido por el encierro.

Su rutina me la sabía de memoria desde el día que descubrí su presencia. Se levantaba a las diez y cuarenta de la mañana, y desde la comodidad de su balcón de vidrio, disfrutaba de su bebida matutina en

su taza azul de costumbre. No sé si es la realidad o me lo imaginé, pero deduzco que bebía café, puesto que su rostro revelaba el gusto por la bebida oscura. Su vestimenta rara vez la cambiaba porque siempre usaba un pantalón corto gris que dejaba al descubierto parte de su interior *Calvin Klein*. A veces, me intimidaba ver su cuerpo perfectamente ejercitado y sus brazos envueltos con montañas de músculos. Pero mis ojos disfrutaban sus pasos, como si su único propósito del día fuera que todos supiéramos de su existencia. Terminado su café, hacía unas cuantas flexiones de brazos con las mancuernas que comprendía entre veinte repeticiones que aceleraban mi corazón. Solamente pensar en la fuerza de sus músculos me hacía sentir querer estar entre sus brazos, para descubrir su energía como resultado de los ejercicios.

Contemplar a mi vecino era más divertido que ver una serie de *Netflix*. Sentía que descubrir su vida era como disfrutar cada capítulo de una serie que, al finalizar la temporada, dejaba ciertas dudas que iba descubriendo a diario cuando veía su ventana.

Las mañanas siempre eran perfectas, hasta que veía la presencia de aquella mujer que quería censurarla de mi historia con el vecino. La veía más joven que él, pues aparentaba unos veinte años, mientras que él figuraba la edad de los treinta. Su cabello era igual que los rayos del sol a media tarde. A diario, llevaba la melena suelta, para que la brisa jugara un poco con el volumen de su pelo. Por lo general, usaba pijamas cortas que dejaban al descubierto su cuerpo curvilíneo y sus grandes pechos. Cada vez que la veía asomarse en el balcón, veía mi cuerpo escuálido reflejado en mi ventana y lo comparaba con el cuerpo curvilíneo de la niña bonita. Un día, decidí llamarla Anita porque su rostro de porcelana me recordaba a la compañera de clases que siempre odié en el colegio. Anita de mi infancia le gustaba llamar la atención de todos los niños. La Anita del pasado era muy parecida a la Anita adulta porque le gustaba llamar la atención de los vecinos, cuando salía medio desnuda y se acercaba a su pareja con la sensualidad que jamás tendría yo recién levantada. Ese día, comenzó

con un juego de besos y caricias en pleno balcón del apartamento. Ella se acercó a su oreja para susurrarle un secreto íntimo que lo dejó un tanto sonrojado. Tanto así, que la alejó un poco de su cuerpo, para controlar las emociones de la media mañana. Anita quiso seguir con el coqueteo y culminó, lamiendo su oreja enrojecida. Algunos segundos pasaron cuando mi vecino la tomó de los brazos y desaparecieron de aquel escenario para llegar directo a la intimidad de su cuarto. No supe más de ellos durante el resto del día, tampoco los siguientes días, sino hasta aquel día lluvioso en que todo cambió.

Eran las cinco de la tarde cuando me acosté en el sofá, para chequear un poco las redes sociales desde mi celular. De vez en cuando, miraba de reojo la casa de mi vecino para no perder ningún momento, y en esa última mirada descubrí que discutían. Miré nuevamente mi celular para respetar un poco la privacidad de los amantes. Pero pudo más mi curiosidad por saber la causa de la discusión. Dejé el celular a un lado y me fui agachando con la idea de ir gateando desde el sofá hasta el balcón de la sala.

Asomé un poco el rostro para no ser descubierta y escuché el primer grito. No pude evitar acercarme más a la ventana que la tenía entreabierta. Miré los demás apartamentos y no se asomaba nadie, solamente era yo y mi intensa inquietud por conocer lo que sucedía. No me importó que me vieran, así que me puse de pie para abrir un poco más las cortinas y miré en detalle lo que ocurría en aquella casa. Anita lloraba descontrolada, pues su rostro se veía un tanto enrojecido por el cansancio de expulsar las lágrimas. Mientras, mi vecino se veía agobiado y caminaba de un lado a otro como señal de no saber qué hacer con tanto disgusto. Era la primera vez que veía tanta rabia en su rostro. Probablemente lo engañaría. Pero, cómo sucedería tal situación si todos estamos en casa sin poder salir. – Posiblemente se enteró de algún engaño antes de la pandemia y por eso su molestia, dije en voz alta.

Quería escuchar lo que hablaban, por lo que abrí las ventanas, para acercarme lo más que pude, sin importar que me vieran. Peo era imposible escuchar sus voces. Me sentí derrotada por unos segundos, hasta que pensé en leer sus labios. El primer intento fue fallido porque Anita se fue de la sala y él salió detrás de ella. Corrí en la búsqueda de más ventanas en mi apartamento que dieran al suyo. En eso, descubrí que la habitación secundaria, que la utilizaba como depósito de mis compras acumuladas, tiene la misma distancia que la de ellos a su cuarto. Sentí tanta cercanía que, sí se asomaba alguien por la ventana, me verían perfectamente desde la distancia, pues ambos edificios tienen en los cuartos ventanas inmensas que cubren completa la pared de vidrio y la mayoría de los apartamentos estaban decorados con persianas blackout que ayudaban a ocultar la privacidad del área. En el caso de mi vecino, ese día tenía una de las persianas abierta. Así que decidí hacer lo mismo para no perder ningún detalle. Me senté en la cama para ver como ella guardaba su ropa en la maleta.

Era medianoche y mis vecinos seguían en el mismo espacio. En la espera, me quedé dormida. A la mañana siguiente, desperté y volteé mi cuerpo hacía la ventana que dejé abierta. En eso, observé a mi vecino asomado en la ventana algo deslumbrado.

## Capítulo 5

### Un guiño que enamora

Quitó la saliva que quedó cerca de mis labios, resultado de mis largas horas durmiendo. Luego, me dirigí al baño para detallar mi rostro en el espejo. Al verme, solté un suspiro, mientras que mi boca expulsó algunas groserías al ver el mal estado en que estaba mi rostro. Olvidé que el día anterior, utilicé todo el maquillaje que compré en *Amazon*, por lo que mis párpados caídos estaban disfrazados de un azul eléctrico en uno, y en el otro, un naranja metálico que se fue uniendo con la tinta negra del rímel. Expulsé un grito de enojo porque, de las tantas veces que me imaginé conocer a mi vecino, jamás pensé que me vería con la cara pintada igual que la de un payaso. No obstante, pensé que, probablemente, no vería en detalle mi rostro por la distancia que quedan ambos edificios.

Salí del baño con la sensación que podía ver todo mi apartamento pero mis pensamientos eran absurdos, pues solamente la ventana del balcón y la del segundo cuarto tenía vista al suyo. Así que caminé por el pasillo que va en dirección al cuarto principal.

Me senté un rato en mi cama para pensar lo sucedido ¿Qué pasó anoche?, ¿Anita lo dejaría? Intrigada por mis propias dudas, quise entrar al cuarto nuevamente y cerrar la persiana para evitar que viera lo compradora compulsiva que terminé siendo desde el inicio de este encierro. Sin embargo, mi temor porque él siguiera allí congeló mi cuerpo, hasta no sentir la fuerza de dar los pocos pasos que necesitaba

para abrir la puerta. Sin pensarlo, me dirigí al cuarto con la tonta idea de que él seguía asomado en la ventana. Al entrar, caminé en puntillas para no tropezar con los paquetes que encontraba en el camino. Pero, por estar viendo a la ventana, no detallé que en mi camino había una mancuerna que compré días atrás. Seguía sin estrenar. Tropecé y caí de lado, tropezando mi cuerpo con la punta de la cama. Solté el segundo grito de la mañana, pero esta vez fue de sufrimiento. Creo haber derramado una lágrima de dolor que paralizó mi cuerpo por algunos segundos. Sequé la lágrima con mis dedos y pensé desconcertada en la última vez que lloré. Me costó levantarme y me dejé caer completamente en la cama. Luego de unos minutos, volví a intentarlo y me levanté. Caminé hacia la ventana y cuando alcé la mirada, observé a mi vecino que tenía entre sus manos una hoja con un escrito que decía: “¿Estás bien?”.

Nos miramos fijamente, yo algo atontada por el momento y él con una sonrisa de media luna. No creía lo que sucedía. Pensé nuevamente que era mi imaginación y pensé si anoche me había tomado la pastilla que me recetó mi médico. – No recuerdo, susurré. En eso, mi mente volvió al lugar de los hechos y cerré los ojos por algunos segundos para ver si todo era un sueño. Al abrir los ojos, mi vecino seguía con su letrero, a la espera de alguna respuesta de mi parte. Me levanté para que detallara un poco mi rostro y me acerqué a la ventana para señalar con mi mano que todo estaba bien. Él sonrió y respondió igualmente con su mano. Nos miramos por última vez y él me regaló un guiño que eriza mi piel al recordarlo.

## Capítulo 6

### La música de Julieta Venegas

Eran las doce del mediodía y mi estómago aclamaba ser alimentado. Bebí un poco de agua para desaparecer las ganas de ingerir comida porque, sabía que si preparaba algo en la cocina, me quitaría el tiempo necesario para comunicarme con mi vecino. «Quiero hablar con él» era la idea que rondaba en mi cabeza. Aunque, no sabía cómo hacerlo ya que luego de terminar con Carlos, guardé en la gaveta de mi clóset las tácticas de sensualidad junto con mi ropa interior sexy.

Pensé en las tantas maneras de interactuar, pero solamente pensar en su rechazo, me causaba un terrible dolor de estómago. – “Posiblemente quiera hablar con alguien”, susurré con tono de intriga para hacerme la idea de que estoy hablando con alguien. A lo que mi voz interior respondió: «Pero Sofía, recuerda que acaba de terminar con su novia». Deduje como si en realidad necesitara una excusa, para evitar el acercamiento a distancia. Luego, sentí la duda de si realmente Anita se fue de la casa y dejaría a mi vecino libre de compromiso.

Dejé a un lado mis dudas y di los primeros pasos que me llevarían a la ventana principal. Ya me había acostumbrado a mantenerla abierta, así que abrí un poco las cortinas y allí estaba él, asomado en su balcón tomando su café. Su rostro perfilado, evidenciaba la melancolía de su pérdida. Bebió un poco de líquido de su taza, mientras observaba el paisaje de la tarde. Había mucho

silencio en el espacio, no se escuchaba ningún ruido, solamente la presencia de ciertos pájaros que no tenían un rumbo fijo. En eso, tuve una idea. Cuando estoy triste, escucho música para cambiar los ánimos. Busqué rápido mi celular y lo conecté a la corneta portátil. Seguidamente, hallé en el listado de artistas favoritos una canción de Julieta Venegas que me encanta.

“Hay tanto que quiero contarte  
hay tanto que quiero saber de ti  
ya podemos empezar poco a poco  
cuéntame, qué te trae por aquí.”

“No te asustes de decirme la verdad  
eso nunca puede estar así tan mal  
yo también tengo secretos para darte  
y que sepas que ya no me sirven más.”

Abrí más las ventanas para que el sonido se escuchara mejor y vi que ya no estaba en el balcón, su huída repentina me desanimó. Seguí escuchando la letra de la canción.

“ Hay tantos caminos por andar...  
dime si tu quisieras andar conmigo  
cuéntame si quisieras andar conmigo...”

Deduje que la canción lo iba animar, así que, seguí buscando en el repertorio de Julieta Venegas.

“No dejemos que la vida coma nuestra verdad,  
Esto que tenemos y que lo tiene igual  
No olvidarnos que un día hablo tu alma  
Que se abrió como una flor y me dijo también.”

Mírame bien te necesito igual  
En algo tan pequeño como ver el día pasar,  
Mírame bien y dime si me ves  
Haciendo algo tan sencillo como ver el sol caer.”

Pero nada sucedía. Pareciera que las letras fueron el detonante de un ambiente soez para él. Me alejé de la ventana para sentarme en mi sofá. En eso, a lo lejos, escuché la música en el apartamento de al frente:

“Hoy en mi ventana brilla el sol  
Y el corazón se pone triste contemplando la ciudad  
Porque te vas  
Como cada noche desperté pensando en ti  
Y en mi reloj todas las horas vi pasar  
Porque te vas  
Todas las promesas de mi amor se irán contigo  
Me olvidarás, me olvidarás  
Junto a la estación lloraré igual que un niño.”

Escuché la letra de la canción y entendí que no era para mí. Su rechazo me dejó un sabor amargo en la boca. Apagué la música para luego cerrar la ventana, cuando vi otra vez a mi vecino que me saludaba desde su balcón. Al verme, leí en sus labios que decían: – “¡Buena música!”.

No supe si se refería a la canción de Julieta Venegas o la canción córtatela las venas que puso él.

– Me llamo Luis, vecina, ¡Un gusto saludarla! –gritó desde su balcón. A lo que respondí, algo tímida, mi nombre.

Mientras escuchaba la música, observé su rostro y sentía que su mirada me enamoraba, pero: «¿Cómo sentir amor por primera vez, si

jamás he sentido amor por alguien?» Fue la primera frase que surgió en mi mente.

Luis observó parte del paisaje y se despidió para entrar de nuevo a su apartamento. Su partida me dejó la idea de saber si en realidad existe el amor a primera vista.

# Capítulo 7

## El amor de alguien

Mi niñez no fue fácil. Ahora comprendo porque mi adultez se convirtió en un asunto espinoso.

Mis padres me abandonaron cuando tenía doce años y mi destino estuvo custodiado por mi abuela materna, quien hizo su labor de tutora legal. Jamás me faltó nada en casa de la señora Blanca, *«le gustaba que la llamara así»*. Aprendí a disfrutar de la vida adinerada que mi madre perdió cuando se enamoró de un hombre sin futuro *«así decía mi abuela cuando se refería a mi padre»*. Henry, mi padre, era un soñador ilusionado con lograr el éxito como baterista de una banda de rock, sin embargo, su anhelo fue sucumbido por la miseria de sobrevivir solamente con el amor de Jimena, mi madre. Mis padres decidieron mudarse juntos al enterarse de que serían padres. Durante siete años vivimos como una familia unida en una casa muy humilde frente al mar.

Mis mejores recuerdos de la niñez incluyen el sonido de la brisa acompañada de las olas del mar. A pocos pasos de la playa se encontraba la casa que Henry heredó de su tío paterno para empezar una vida feliz en pareja. La situación se complicó cuando las ganancias eran tan ausentes como la presencia de un padre de familia en el hogar. Tal situación fue el detonante de constantes peleas.

No recuerdo el rostro de mis padres, por lo que intento construir las últimas semanas de mi partida. Es como si me hubiesen eliminado de mi memoria las imágenes que no quiero recordar. Aunque, hay noches en las que me acuesto, evocando la voz solloza de Jimena para sentir el amor de una madre que nunca existió en mi vida. Quisiera buscar respuestas, pero al mismo tiempo, reniego la posibilidad de conocer el por qué me abandonaron tan pequeña. Una parte de mí quiere construir esos momentos, pero debo dejar a un lado mis dosis recetadas por mi médico, para darle forma a las voces de un pasado que dejaron una cicatriz difícil de sanar.

Ahora soy una adulta que recuerda el abandono de sus padres con cierto rencor. Pudiera estar agradecida con la vida por la ayuda que me brindó mi abuela, pero siento que la vida fue injusta conmigo, pues jamás tuve el amor principal que ofrecen los padres. Entonces, me quedará la duda si en realidad algún día sentiré amor por alguien.

## Capítulo 8

### Las arrugas de la sabiduría

Tenía tres meses encerrada en casa y mi estado de ánimo estaba empeorando. Ya no me asomaba a la ventana. No sabía nada de lo que acontecía a mi alrededor y hasta creo que bajé de peso porque las pijamas me quedaban más grandes de lo normal. Mis rutinas eran más cortas, pues, me levantaba después del mediodía y me dormía a la medianoche.

Sentía escalofrío con sudoraciones momentáneas cuando leía las noticias acerca del covid-19. No podía seguir un día más encerrada en casa por lo que quería salir del apartamento. «Era el momento de hacerlo».

Luego de meses encerrada, abrí la puerta de mi apartamento. Cubrí la boca con mi tapaboca escarchado y bajé cada escalón como si fuera una niña pequeña que descubría la presencia de las escaleras. Así inició mi recorrido hacia la libertad. Llegué a tres pisos más abajo de mi apartamento y me detuve cuando escuché las voces en el pasillo. Me agaché para ocultar mi cuerpo de tal manera que, solamente asomara mi ojo derecho que quería conocer las voces de los extraños.

Escuché el eco de una voz aguda lamentándose: "¡Pobre Sra. Laura! Era una vecina muy querida". Mi cuerpo curioso quería ver la escena de lo acontecido, por lo que me levanté para asomar mi cabeza.

Un cuerpo cubierto con una sábana blanca reposaba en una camilla. Jamás vi un cadáver, así que grité asustada. En eso, un señor alto con cabello canoso se acercó a mí con euforia y algo nervioso. – Señorita usted no puede estar aquí. Tiene que regresar a su casa ¡Es peligroso!

– ¿Qué pasó aquí? –exaltada, seguí observando la extensa sábana blanca– ¿Acaso se mu...?

– ¡Es correcto! Lastimosamente, la Sra. Laura, vecina del 13B, murió de covid-19. Supimos la noticia por los gritos de su esposo, llorando por la pérdida.

– Pero, ¿Cómo su esposo sigue vivo? ¿También está enfermo?

– Al parecer no. Es asintomático. – Suspiró y acomodó el tapaboca– Es mejor que regrese a su casa, señorita. Está mejor protegida.

Corrí hasta mi casa y cerré la puerta como si alguien me perseguía. Me dejé caer en el piso, recostando mi espalda de la puerta para tener la fuerza suficiente de seguir llorando. No podía con tanta soledad y tanto caos que había a mi alrededor.

Llegó la noche junto con un amargo frío. Estaba sentada en el piso cerca de la puerta. Toqué mi rostro para sentir la inflamación de mis ojos llorosos. Jamás lamenté una muerte sin conocer al difunto, pero me dolió ver aquel cuerpo sin vida. «Pude ser yo» que tonta soy en pensar en mi muerte, pero sí: «Pude ser yo».

La muerte y sus derivados de lo que es real y lo que es fingido. Aún sentada en el piso, observé todo mi apartamento y analicé mi vida. Un completo caos de productos que jamás me traerán la vida eterna porque, en cualquier momento me voy de este mundo y todo queda en estas cuatro paredes. «Ni siquiera tengo a alguien con quien compartir o dejar una herencia». Sentí un vacío terrible de añoranza por la cercanía de alguien con quien hablar o al menos aliviar mi temor por la muerte. La última persona con la que hablé fue con el

repartidor que, a diario, deja los paquetes en la entrada de mi puerta. Ahora, quisiera hablar con alguien pero la pandemia no me deja. «Pareciera que está en contra de mi propia felicidad» Observé mis manos temblorosas y detallé los años acumulados, convertidos en líneas tatuadas en mi piel. Una vez leí que las arrugas son sinónimo de sabiduría por las experiencias vividas, sin embargo, el aprendizaje se transmite a partir de la convivencia con otras personas, quienes te ayudaran a nutrir el alma y la sabiduría. Pero mis arrugas no parecían de sabiduría, sino de una vida aferrada a la soledad y a la desdicha.

Detallé mis manos y surgió el interés por saber si mi rostro tenía arrugas, así que, me levanté del piso con ahínco para verme en el espejo del baño. Llegué a mi destino y encendí la lámpara. Cubrí mi rostro al sentir la fuerza de la luz. Mis ojos sensibles se esforzaban para observar la imagen opaca que se reflejaba en el espejo. Me acerqué un poco más al espejo para quitar la suciedad acumulada durante los meses que no vino la Sra. Anita, encargada de la limpieza. Al acercarme, observé un rostro pálido, con ojeras pronunciadas y mirada achinada, resultado de una tarde de lluvia descontrolada en mi rostro. Detallé unas ocho arrugas en total: cuatro en la frente y las demás rodeaban ambos ojos. También me di cuenta que mi piel estaba falta de hidratación y una cuantas cremas para exfoliar. Me alejé del espejo para reconocerme un poco y me fijé la melancolía que acompaña mi semblante. «Tengo ojos caídos, eso empeora todo» Olvidé mis pensamientos y seguía analizando lo que veía. El tema de las arrugas lo dejé atrás, ahora me preocupa es la tristeza que trasmite esa mirada que quiero borrar.

Caminé hacia mi cuarto para quitarme la ropa que llevo desde hace una semana. Tenía ganas de bañarme. «Quiero quitarme los años de melancolía». Sentí la necesidad de limpiar mi cuerpo de toda la carga emocional que me hace daño. Utilicé la esponja de baño para restregar todo mi cuerpo y borrar la capa de suciedad acumulada. Pero, aún la sentía muy dentro de mí. Entré en un estado de desespero y restregué con mayor fuerza, hasta sentir el ardor en mi piel. Luego,

llegó el momento de mojar mi cabello rubio y bastante largo para mi gusto. En el tiempo de cuarentena creció tanto el cabello que ya cubría parte de mis hombros. Comenzó el proceso de quitar la carga acumulada en mi cabeza. Al sentir el agua fría, me ayudó a desaparecer las frustraciones y el enojo por la vida que yo misma escogí su rumbo. Todavía mi cabeza seguía pesada, así que enjuagué mi pelo con el champú unas dos veces para sentir la libertad en mis pensamientos.

Salí de la ducha directo al cuarto. Rápidamente, busqué en la gaveta una ropa interior limpia y una camisa ancha para sentirme cómoda. Me fui de mi cuarto directo a la sala, donde me espera el sofá de siempre. Observé el celular y el reloj marca las 11:34 pm. Ya se acerca mi hora de dormir, pero mi espíritu nocturno me dio señales de no tener sueño «¿Qué será la vida de mi vecino? ¿Anita regresaría?» Olvidé por completo su existencia al sumergirme, por varias semanas, en la cama, viendo *Netflix*.

Fui directo al balcón para despejar mis dudas por el paradero de mi vecino. Observé el espacio y todo estaba en calma. El cielo completamente oscuro por la noche que acobijó el día, dejando al descubierto una cuantas estrellas. Miré de reojo el apartamento de Luis para descubrir vida en el apartamento, pero la oscuridad del espacio no me dejó. Aparté a un lado mi plan de cacería y seguí contemplando las estrellas. De repente, sentí la presencia de una mirada que me observaba desde lejos. Era él asomado en el balcón para acompañarme en esa noche fría.

# Capítulo 9

## La conversación

La noche álgida era el ambiente ideal para dos personas que quieren compañía.

Su mano hizo la señal de un saludo, mientras que la mía respondió con gentileza. Quería hablar pero no puedo gritar, así que expresé mi emoción con una sonrisa. Él hizo lo mismo y alzó la copa que tenía en la mano como señal de compartir su celebración conmigo. Mi rostro sonrojado volvió a sonreír, pero con una expresión de timidez por el momento. El intercambio de miradas duró un buen rato.

El instante es propicio para reprocharme el por qué no aprendí el lenguaje de las señas. «Me hubiese servido» olvidé por un momento que estaba en el balcón y fruncí la frente porque no sabía cómo comunicarme a distancia. «Creo que él siente lo mismo» Quise gritar para decirle lo bonita que estaba la luna, pero no quería despertar a los vecinos, así que apunté con mi dedo para que Luis observara lo mismo que mis ojos disfrutaban. Alcé la mira y vi su gesto de agradecimiento con sus manos por señalar a la protagonista de la noche.

La luna, Luis y yo en un solo espacio, en un solo momento. La noche se convirtió en un escenario de placer para el encuentro. No se escuchaba nada, pero las miradas decían mucho. Sentía que no faltaban pronunciar palabras, pues me comunicaba con sus ojos que

brillaban el balcón entero. Los segundos se convirtieron en minutos de placer que me dieron la oportunidad de pensar cómo comunicarme con él. Así que hice la señal de *espera un momento*. Entré a la casa en busca de una copa de vino. Salí nuevamente al balcón y le enseñé mi copa para sentirme a gusto con su compañía.

En eso, sonó su teléfono. Luis, inquieto por la llamada, entró a su apartamento dejando la mitad de su cuerpo fuera del balcón para buscar el celular ubicado en la mesa más cercana. Volvió a su lugar y revisó la llamada entrante. Habló unos minutos con alguien. Quería saber con quién hablaba, pero la distancia me alejó de las respuestas. Por lo que intenté comunicarme con él a través de señas para saber si todo estaba bien. Esta vez, me señaló con su mano que espere. Entró a su departamento y se quedó por algunos minutos.

Bebí un buen sorbo de la copa hasta dejarla vacía. No sabía si volvería a salir, pero para no cansarme con la espera, me dirigí a la cocina para servirme otra copa de vino.

El balcón me esperaba con mi segunda copa. Me fijé que las luces estaban encendidas en la sala de mi vecino. Mi piel se erizó al detallar mejor su rostro. Estaba con una camisa negra y el cabello un poco más largo desde la última vez que lo vi. Mientras que sus manos sujetaban un letrero que decía: ¡Este es mi número!

Mi corazón aceleró su ritmo, mientras que mis labios no dejaban de colorear un sonrisa en mi rostro. El momento era mágico. Busqué rápido mi celular y anoté el número. A pesar de la distancia, leí cada número. Luis escribió cada número con nitidez en un papel bond que parecía una pancarta. Era el momento de llamarlo, pero, por un segundo, me sentí apenada al escuchar por primera vez su voz tan cercana. Marqué el número. Repicó dos veces. Un "hola" rompió el silencio de la noche para comenzar la magia de la conversación a distancia.

– Vecina así es mejor la comunicación ¿No crees? –risa nerviosa– qué tal el encierro? ¡De loco! ¿Cierto?

– Sí–mi voz apenada, respondió– tengo meses encerrada ¿Ahora qué sucederá? Nadie nos dice nada y cada día aumentan los casos.

– Cierto–un silencio profundo para retomar la conversación– Aunque es preferible estar en casa que en una clínica ¿No crees? –El silencio se convirtió en testigo de un mutuo acuerdo– No deberíamos de hablar de eso. Mejor cuéntame de ti ¿A qué te dedicas? Eres nueva en el vecindario. Jamás te vi por esta zona.

«Tengo dos años viviendo en este apartamento» Aunque preferí obviar la verdad. – Sí, poco tiempo–Afirmé de manera automática y cambié el tema para evitar la penosa confesión de decir que no me asomaba en el balcón por miedo a las alturas–Soy arquitecta, ¿y tú?

– ¡Genial! Soy ingeniero en sistemas y trabajo desde casa. Muy poco salgo, por lo que el encierro no me afecta. –Su voz gruesa, hizo una pausa, como respuesta a que piensa primero antes de responder –No creo que sea tu caso. Se nota en tu voz que no te gusta el encierro.

–¡Tienes razón! No estoy acostumbrada a tanto encierro ¡Es asfixiante! Lo cierto es que tengo dos años viviendo en este apartamento. Viajo mucho y por eso nunca estoy en casa.

–¡"Asfixiante"! –Risa impulsiva que hizo sentirme en confianza– Tranquila, te entiendo. Aquí estoy para escucharte. ¿Te da miedo la soledad?

– Sí.

– Hoy en día es fácil sentirse así, porque la gente ya se acostumbró a estar solo. Lo que hizo la pandemia fue a relucir la vulnerabilidad en nosotros. Solamente hay que ser fuertes y adaptarse a la situación.

– Es fácil decirlo cuando se está acostumbrado a la soledad.

– Cierito. Pero, para mí estar solo, ayuda a sentirme relajado. Me gusta estar solo, que mal acompañado. ¿No crees? –Supuse que hablaba de Anita, por lo que hice un sonido fuerte, aclarándome la garganta– Ahorita las parejas que están en casa no se soportan, pues tienen que vivir las veinte y cuatro horas al día encerrados, sin un escape. Mientras, una familia grande que vive en casa es peor porque no hay privacidad. Por eso disfruto de mi soledad.

– No había pensado de esa manera. Pero a veces, es bueno la compañía, para iniciar una conversación y crear momentos, por qué: ¿Para qué vivimos si no compartimos las vivencias con otros?

– Por supuesto que es importante el entenderse con otras personas, pero hace años que dejamos de disfrutar las conversaciones físicamente porque el internet reemplazó el contacto físico por relaciones momentáneas. La última vez que fui a una fiesta, casi no hablé con nadie. Todos estaban conectados con sus celulares. Además, me hablas de convivencia en una época en la que no existe la tolerancia y el respeto.

– Tienes razón.

– Como tú, hay tantas personas que sufren por el encierro porque se sienten vulnerables y allí comienza la ansiedad y la melancolía por el pasado. Cuando recordamos lo que teníamos y lo perdimos, es cuando queremos cambiar la realidad. Pero, la pregunta sería: ¿En realidad vamos a cambiar? ¡Lo dudo!

– Entiendo. Me quedó claro que no te da miedo la soledad. Pero qué me dices de la muerte.

– Es muy típico que tengas dudas acerca de la muerte cuando te sientes solitaria. Pero la realidad es que todos morimos en soledad porque cada persona siente individualmente. Cuando el sujeto presencia el momento de su muerte, inicia un proceso de conciencia con su yo interior para irse de este mundo en armonía. Lo que complica la situación son los demás, quienes piensan que pueden liberar al afectado de su destino con palabras de consuelo. Es difícil, pero el que está listo hay que dejarlo que viva su proceso. Su despedida.

– Piensas muy seco. No todos pensamos así. Hoy vi como se llevaban el cadáver de una vecina que jamás conocí, y lloré todo el día. No creo que sea así de fácil como dices. El familiar padece el proceso de duelo antes de que la persona fallezca.

– No digo que sea sencillo para la persona que sufre por la pérdida, pero si analizamos la situación, al actuar como mártires, somos egoísta con el moribundo que necesita su proceso de ida de este mundo, convirtiéndonos en una piedra en el camino para su despedida. Además, hay casos en los que la persona sufriendo necesita la ayuda de la otra persona, pero no ocurre nada porque es su destino llegar a la muerte solo, sin la ayuda de nadie. Entonces para que vivimos con la intensidad de estar siempre acompañados si al final de asunto, te mueres completamente solo. Tu cuerpo y tu alma se van solos. Hay personas que le da tiempo de despedirse, pero al final siempre serás tú y tu inmersa soledad que caminará por aquel túnel luminoso, tal cual como se visualiza en las películas.

– Creo que al morir alguien nos espera. Alguien que te llevará al lugar donde descansarás. No creo, que sea como tú dices.

– Bueno eso es tu opinión y es válida. La respeto. Hablar de este es pensar y discutir mucho. ¿No crees?

– Sí. Creo que es mejor dejarlo para otro día.

El celular estaba caliente por las horas que transcurrieron en la conversación. Observé el reloj de la pantalla del celular que indicaba las tres de mañana y pensé que era la hora de acostarse, sin embargo, las ganas de seguir hablando con Luis estaban intactas. Seguíamos conversando mientras, esperábamos el primer rayo de luz de la mañana.

# Capítulo 10

## La historia de Kiki

Seis meses han pasado desde que comencé mi amistad con Luis por teléfono. Con el tiempo, las llamadas se convirtieron en video llamadas. Lo que me ayudó a rescatar mi lado femenino que lo abandoné desde el inicio de la cuarentena. De vez en cuando me maquillaba.

Con él me sentía en confianza desde la primera conversación. Tanto así que compartimos como fueron las relaciones pasadas. Así fue como supe lo que sucedió con Anita, quien realmente se llamaba Marines.

El día de la pelea, Luis consiguió en el celular de Marines los mensajes de un hombre con quien habló durante el corto tiempo que vivieron juntos. Antes del descubrimiento, la pareja se mudaron juntos antes de la llegada de la pandemia. Luego de un año de novios, el frenesí del amorío seguía presente, por lo que la convivencia se hizo más placentera. Sin embargo, todo cambió cuando Luis descubrió un mensaje de texto de un tal Francisco, quien escribió: "*El paquete está listo para abordar*".

La frase hizo dudar a Luis si realmente conocía a la mujer con la que compartía su hogar. Decidió infringir la privacidad de su novia para leer completo el texto y conocer el lado oculto de Marines, quien se hacía llamar Kiki.

*"Kiki la propuesta se extiende hasta diciembre. Al parecer, la cuarentena nos sirvió para crecer con el negocio. Escríbele a Marcos porque tiene más clientes. Lo único que necesito es que te encargues de contactar con la gente vía mensaje de texto y nosotros nos encargamos de lo demás. Por cierto, lo tuyo ya va en camino.*

*El paquete está listo para abordar."*

Luis exaltado, leyó toda la conversación desde el inicio y se dio cuenta que Marines adquirió una línea adicional a su número personal. Anotó el número nuevo y se lo envió a un amigo de manera que lo ayudara a descubrir de qué se trataba el negocio.

Ese mismo día, el amigo de Luis escribió a Marines haciéndose pasar por un nuevo cliente interesado en lo que ella ofrecía. La sorpresa de Luis se la llevó cuando supo que su novia ofrecía droga con la intención de distribuirla. A causa de la pandemia, Marines perdió su empleo y necesitaba un ingreso para cubrir los gastos familiares. A pesar de que Luis pagaba los gastos de la casa, Marines estaba desesperada por ayudar a su familia, motivo por el cual, aceptó un empleo publicado en las redes sociales que ofrecía trabajar desde casa. El empleo prometía ingresos de más de diez mil dólares, y lo único que se necesitaba era tener un celular con conexión a internet.

La venta de droga fue su solución instantánea. Además, el encierro ayudó a que las personas utilizarán su tiempo para buscar una alternativa de desahogo y olvidar sus penas con el uso de las sustancias ilícitas. El negocio sería un éxito. Luis me confesó que la amaba tanto que la perdonó y le sugirió salirse de eso y empezar de nuevo con otro trabajo, a lo que ella respondió con melancolía: "No puedo salirme. Cuando estás adentro es imposible escapar".

Mi historia de amor con Carlos fue un encuentro fugaz que duró unos terribles cinco meses de apariencia esforzada. Pensé estar enamorada de él pero, luego de tantas consultas con mi psicólogo,

deduje que estaba con él por miedo a la soledad. No obstante, la historia de Luis y Marines era distinta porque sí hubo amor. Lo cierto es que, Kiki no aceptó la ayuda de Luis y decidió irse de su apartamento.

El día que me contó la historia de Kiki entendí que aún sentía amor por su ex, generando unos celos en mí, al saber que ese amor entre ellos, fue el causante de todo el mal de nuestra historia.

# Capítulo 11

## El encuentro

Mi primera cita con mi vecino estaba próxima. El Gobierno aprobó la salida a la calle, usando las medidas de seguridad sanitarias adecuadas para prevenir el contagio del virus. Sentí alegría al saber la noticia porque sería la excusa perfecta para el primer encuentro.

Antes de la noticia, hicimos planes de cómo sería la primera cita. –Debo confesar que muero de ganas por llevarte a un buen restaurante. Disfrutar de la comida y luego aceptar la propuesta que nuestras mentes han construido por semanas.–dijo Luis en una de las últimas conversaciones que mantuvimos.

Más allá de la compañía que nos brindamos mutuamente en la cuarentena, reconozco que iniciamos un juego seductor de palabras que describían la ganas de querer estar juntos. No sé si fue el encierro o las tantas horas de compartir a distancia, pero la misma cercanía de vivir tan cerca, logró que ambos tuviéramos el deseo de tener más que una charla amistosa. Así que, al saber la noticia del fin de la cuarentena, sentí alivio porque el momento de conocernos estaba próximo.

Decidí invitarlo a mi casa. Aunque fue Luis, quien sugirió la idea para evitar que me llevara la sorpresa de ver la realidad del apartamento de un hombre soltero. Estuve de acuerdo, aunque no quería decepcionarlo, pues no soy la típica mujer ama de casa que es

organizada y fanática de la limpieza. Sin embargo, acepté porque me motivaba a ordenar el hogar para dar la bienvenida a un posible noviazgo.

El encuentro sería antes del atardecer, pues a pesar de que se podía salir, el Gobierno indicó el toque de queda para la población, por lo que a partir de las ocho de la noche no se podía estar en la calle. Ese día, la reunión sería a las once de la mañana para aprovechar el resto del día.

Un día antes, decidí hacer mis compras online para decorar la mesa donde compartiríamos nuestra primera comida. Estaba tan feliz, que ordené unas copas nuevas y comida italiana, el plato favorito de Luis. También, compré unas cuantas velas aromáticas para crear el ambiente cálido de una mañana de verano.

Llegó el momento de arreglarme. Exfolié mi cuerpo con una tenue crema de mandarina que dejó mi piel suave. Mientras que mi cabello, todavía largo, lo arreglé con una ondas, creadas con la ayuda de la pinza caliente. Quería que Luis, al verme, se enamorara de mí. «Estoy tan feliz que tengo ganas de gritar, llorar y reír a carcajadas» Acumulaba infinitas ideas, originadas por mis sentimientos de mujer enamorada.

Mi cuerpo delgado estaba listo para cubrirlo con un vestido floreado que escogí para la primera cita. Prenda que también adquirí durante el encierro. Mis dudas surgieron al momento de escoger los zapatos, pues mi diminuta estatura no permite estar sin tacones, pero al recordar que el encuentro sería en casa, no quise exagerar con una vestimenta tan formal con el uso de los tacones, por lo que decidí usar unas zapatillas que combinaban perfecto con el vestido de seda.

No soy de usar prendas, pero estaba tan emocionada con la cita que mis ganas de estar perfecta eran más grandes que mis gustos insulsos por la moda. Así que el día antes de la cita compré en una

tienda online accesorios adecuados para el vestido floreado. Unas argollas doradas junto con las pulseras del mismo diseño, fueron los accesorios ideales que completaron mi vestimenta.

Se acercaba la hora para el encuentro y sentía que mi corazón saldría de mi pecho. Mis manos temblaban un poco y las sentía un poco húmedas como señal de que estaba nerviosa. A lo que deduje que jamás estuve tan ansiosa por ver a alguien «Luis me gusta mucho» dibujé una sonrisa en mi rostro que dejó calmado a mi cuerpo. "Todo saldrá bien", dije en voz alta y con firmeza. Mis palabras me devolvieron la seguridad en mi misma. Por años, aprendí a ser independiente y tener la firmeza en mis convicciones. Siempre supe lo que quise para mi vida por eso en el colegio, en la universidad y luego, en el ámbito laboral siempre tu éxito por tener seguridad en misma. Ahora, me tocaba lograrlo en el amor y Luis me dio esa seguridad desde la primera vez que hablamos. Por lo que mi voz repitió nuevamente: "Todo saldrá bien".

Llegó el momento de la visita de Luis. La mesa ya estaba servida y el vino listo para degustarlo. Busqué mi teléfono y vi un mensaje de texto que decía: "Ya voy en camino".

Eran las cinco de la tarde cuando dejé a un lado mi celular. Llamé más de veinte veces a Luis y jamás contestó. Me quité las zapatillas y las argollas que me dejaron las orejas enrojecidas. Estaba decepcionada porque Luis jamás llegó a mi casa. No hubo una llamada ni mensajes de textos que me dieran una explicación por su ausencia. De las tantas veces que me asomé en el balcón, ya no tuve los ánimos de seguir vestida para la ocasión. Las ventanas de su apartamento estaban cerradas lo que me indicó que no estaba en casa. Quería salir a buscarlo pero según la normativa del Gobierno ese día solamente podía salir el género masculino y por más que los edificios estuvieran cerca, no podía evitar a los guardias de la caseta ubicados en la calle de la residencia. Por lo que salir era la peor idea que rondaba en mi cabeza, pues no quería pagar una multa por no acatar las normas. Sin embargo, al día siguiente le correspondía a las

mujeres, así que tenía que esperar a la mañana siguiente para salir a la calle.

La noche llegó y me asomé nuevamente para ver si había luz en la casa de Luis, pero jamás encendió las luces. «Algo sucedió» supuse por lo extraña de la situación. – ¡Que tonta soy! –expulsé con rabia – Supuse que su primera salida iría por Kiki. No iba a verme a mí, pero, ¿Por qué no me dejó un mensaje de texto?, por supuesto, porque así son los hombres. Dejé a un lado mi monólogo y me acosté en la cama para olvidar lo decepcionada que estaba de Luis.

A la mañana siguiente, me levanté más temprano de lo normal. Pensé que olvidaría por completo mi antigua rutina de las mañanas de levantarme temprano, pero las ganas de saber dónde estaba Luis me intrigaba. Así que antes de que se hicieran las siete de la mañana, ya estaba lista para salir de la casa, luego de meses de encierro.

# Capítulo 12

## Minutos antes de la salida

Me sentí como la ex presidiaria que salió de la cárcel, luego de cumplir una larga condena. La única diferencia es que era inocente del delito que se cometió en casa de Luis el día anterior.

Llegué a la puerta de su edificio con pasos de recién nacida que empieza a caminar por el mundo. Sentí extrañeza al caminar por primera vez por la calle. Aunque más raro me sentí al ver tantos policías a la afueras del edificio.

La gente estaba por donde quiere. Estaba aturdida por lo ocurrido y sentí temor por preguntar lo sucedido, no obstante mis respuestas llegaron a mí, cuando se acercó una vecina para compartir lo sucedido.

—¿Te despertaron los gritos?

—No —respondí con voz quebrantada— ¿Qué sucedió?

— ¡Ay mi niña! Todo ocurrió en horas de la madrugada cuando se escucharon los gritos en el piso dieciséis —Luis, exalté—¿Conociste al muchacho?

— ¿Por qué habla de él en pasado, qué le pasó? —Agarré a la señora por los brazos y con lágrimas en los ojos, moví su cuerpo de un lado a otro.

— ¡Cálmate! Es mejor que hables con uno de los policías para que ayudes con el caso.

Solté a la señora para que me guiara hacia uno de los tantos policías que rodeaban la zona.

– ¡Oigan! ella conocía al muchacho que atacaron, gritó con voz chillona a uno de los guardias.

Comencé a sentir debilidad en mis rodillas por los nervios, pero mi cuerpo aún seguía de pie para escuchar lo ocurrido.

– Señorita ¿Cuál es su nombre? –Sofía, respondí.

– Es usted amiga de la pareja que vivía en el dieciséis

– Solamente conozco a Luis. Vivo en el edificio de al frente. En el mismo piso que da hacia el balcón de su apartamento ¿Qué ocurrió, está bien?

– ¿No vio nada?, pregunta intrigado.

– No.

– Es normal por la distancia de ambos edificios –Limpió un poco el sudor en su rostro humedecido por el tapaboca –Es lamentable la situación. En la madrugada recibimos la llamada de una mujer pidiendo ayuda en ese apartamento. La pareja fue atacada por un sujeto, quien fue denunciado por traficar droga por la zona. Según testigos, se escucharon fuertes ruidos desde horas de la madrugada. El sujeto disparó a la pareja. Ella falleció esta mañana y el joven se encuentra grave en el hospital. Pudo ser un ajuste de cuentas.

El interrogatorio duró apenas unos segundos. Confesé la historia de Kiki para desmentir la hipótesis de que Luis compraba drogas. Horas más tardes, una de las vecinas me confirmó la muerte de Luis y sentí que mi corazón latía con menos intensidad. La mañana se volvió oscura como si se aproximara la lluvia en plena sequía. Mientras tanto, la conserje del edificio me observaba con firmeza. Sus ojos ocultaban un secreto que no sabía. Poco a poco se acercó a mí para un intercambio de palabras.

– ¿Te llamas Sofía? –Sí, afirmé desmotivada.

– Quiero decirte que Luis estaba muy contento por el encuentro de ustedes. –Mi rostro sorprendido, la escuchó atenta– A Luis lo conozco desde que era un bebé y tuvimos una relación muy cercana, luego de la muerte de sus padres. Estuve pendiente de él y de sus cosas. Ayer lo vi y minutos antes de su salida, le dije en broma que se veía muy contento, así que le pregunté si tenía una novia en secreto, a lo que me confirmó con una sonrisa en su rostro. Me confesó que no podía creer que, en tiempos de pandemia, conocería a alguien que le gustara tanto y mientras me hablaba de ti, llegó Marines con un tal Francisco. Ella se veía muy asustada, al igual que Luis. Me extrañó su reacción y quise preguntar si todo estaba bien, pero se fueron los tres en un carro y no supe más nada de ellos. La chica estaba en malos pasos, pero jamás pensé que todo terminaría tan mal. Pobre Luis, era un buen muchacho.

Llegué a casa con un atuendo de desamino que me acompañó el resto de la mañana. Pensé que el encierro sería lo peor de este año, pero la muerte de Luis, le ganó a mi predicción. Ahora, luego de dos meses del terrible desenlace, recuerdo cada momento que viví con Luis y deduzco que mi amor en cuarentena fue el mejor regalo de vida tan placentero que no puedo olvidarlo.

**Fin**

## **Autora**

Carol M, blogger venezolana nacida en la ciudad de Maturín el 05 de enero de 1987. Escritora y creadora del espacio digital *NotasCMujer*.

Realizó sus estudios de Licenciatura en Letras, en la Universidad Católica Andrés Bello. Luego de culminar sus estudios de pregrado, trabajó como redactora de contenido digital para el *Diario Tal Cual*. Posteriormente, para la revista *El Ucabista*.

En el 2011 inició su carrera como escritora con su blog digital: *Cienporcientomonagas*, espacio dedicado a publicar contenido cultural del estado Monagas, Venezuela. Más adelante, en el 2014 continuó su proyecto digital con la creación del blog personal *NotasCMujer*, allí publicó sus vivencias y opiniones de la sociedad.

En el 2017 creó su canal de YouTube *NotasCMujer*. En su primer vídeo habla acerca de los problemas en la sociedad venezolana. A partir de allí, se dedica a publicar reseñas de libros y tips de estudios.

En el 2019 estrenó su sitio web: [www.notascmujer.com](http://www.notascmujer.com). Es una continuación de su blog, pero, incluyendo artículos de opinión y contenido de escritura creativa.

En el 2020 inició su podcast *NotasCMujer* para debatir temas de interés social y cultural.

"*La ventana de mi vecino*", es su primera novela corta, publicada en su sitio web, en el 2021.